

# **Comunicar la historia**

*Comunicación del académico de número Luis Alberto  
Romero, 11 de junio de 2025 en la sesión privada de la  
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*

# Comunicar la historia

Por el académico LUIS ALBERTO ROMERO

Voy a comenzar explicando por qué elegí la palabra "comunicar" en lugar de la más usual para el caso: "divulgación". Divulgación me parece una palabra desdichada por partida doble. Por una parte, establece una dicotomía -un foso de saberes- entre quién habla y quien escucha. "Divulgar" encierra un sentido elitista, o como solía decirse, iluminista. Un sentido que, más allá de la distinción entre el sabio y el lego, tiende a descalificar al receptor, el "vulgo", que según la Real Academia es "la plebe, la multitud, el populacho, la chusma". Admito que no es la intención de quienes la usan, pero está en el campo semántico de la palabra

"divulgar", que resuena, pese a los intentos de los diccionarios de aclarar las cosas.

La palabra comunicación, en cambio, alude a un problema complejo, del que se ocupan las "Ciencias de la Comunicación", así, en plural. Se trata de una cantidad de cuestiones que desbordan el esquema simple usual, de emisor, receptor, mensaje. Voy a referirme a situaciones en las que muchos actores son, alternativamente, emisores y receptores, en un proceso amplio de circulación. Lo haré primero en el acotado campo de los historiadores profesionales y luego en el inmenso mundo de la memoria histórica social, donde estos historiadores profesionales son un solo un actor entre muchos.

¿Qué es exactamente un historiador profesional? Como dije, más o menos, San Agustín, lo sé, pero no sé decirlo. Sería fácil si tuviéramos matrícula, como los médicos, o al menos un colegio profesional, como los psicólogos. No los tenemos porque el estatus de historiador es impreciso, tanto visto desde fuera como desde dentro. Yo mismo no sé dónde estoy parado hoy, de modo que hablaré en tercera persona.

Los historiadores profesionales son una cofradía,

como los Maestros Cantores de Nürenberg. Aprenden un oficio, sus reglas y sus mecanismos de control. Su horizonte es la verdad, siempre huidiza. Pero admiten que hay distintas interpretaciones válidas de, por ejemplo, la Guerra con el Paraguay. Así como muchísimas otras que no lo son. ¿Quién establece esos límites?

Surgen del consenso de los colegas reconocidos. En la práctica, esto se traduce en la denominada "evaluación de los pares", un sistema imperfecto, pero el mejor. A veces, esa evaluación se realiza efectivamente; otras veces, simplemente está instalada en la conciencia del historiador, donde es tanto o más efectiva.

Esta cofradía es diversa, tanto en su forma de trabajar como en la de comunicar sus resultados. Ambas cuestiones están interrelacionadas. Me referiré, mediante un modelo estilizado, a los dos extremos del campo profesional: el escolástico puro, obligatorio en la fase inicial de una trayectoria de historiador profesional, y el escolástico libre, al que se llega al cabo de una trayectoria

Denomino al primero "sistema Conicet", que ha crecido mucho en los últimos cuarenta años y trasciende al ámbito de esta institución. Tiene muchos méritos. Son

muchos los historiadores que trabajan con criterios rigurosamente profesionales, que han ampliado enormemente el conocimiento monográfico de base, sobre temas nuevos, o nuevas preguntas a temas clásicos. Crean saber.

El "sistema Conicet" tiene una sólida organización meritocrática. Adoptando los criterios internacionales, evalúa a sus investigadores por el número de artículos publicados en *Journals* con arbitraje formal y anónimo. La precisión que logran es notable; tanto que en la página web de cada investigador del Conicet aparece un gráfico de barras que indica su productividad anual. Quizá deberían indicar, con un asterisco, la fecha de nacimiento de los hijos, para explicar alguna caída en la productividad anual.

En general, son criterios eficaces en la biología o la química, pero un poco inadecuados para la historia. Me voy a centrar en uno, el libro, la forma clásica y culturalmente arraigada de comunicación de la historia.

El libro no es apreciado en las evaluaciones del Conicet, porque no encaja en esos criterios. ¿Quién evaluó un libro, se preguntan? En principio, un libro es un manual, afirman. Para un historiador en carrera, publicar un libro le agrega mucho menos que tres o cuatro artículos publicados

en buenos *Journals*. Por ese camino, terminan descartando no solo el libro sino lo importante de ese medio: pensar en términos de libros, es decir pensar de manera amplia.

En el otro extremo de la profesión, están los historiadores destacados. Son los que escriben principalmente libros, los que piensan en términos generales, en términos de síntesis. Pueden hacerlo porque su trayectoria los pone más allá de la escolástica, o simplemente porque decidieron vivir al margen del mundo Conicet.

¿Por qué consideran valioso al libro? La síntesis es la palabra clave. Hay distintos tipos de síntesis. Está la de los grandes historiadores, creativa, reflexiva, interpretativa, cercana al ensayo tanto por la libertad de pensar y conjeturar como por el entrelazamiento de la idea y la escritura, lo que se dice y la forma de decirlo. Pero a diferencia del ensayo, sostiene las interpretaciones rigurosas con sólidas bases empíricas -entre ellas lo publicado en los *Journals*- visibles en el texto, aunque los autores no sientan necesidad de abundar en notas al pie.

La máxima calidad es la que mejor se comunica fuera del mundo de los historiadores profesionales. Dos ejemplos conocidos: los populares libros de Eric Hobsbawm, *La era de*

*la revolución, La era del capital, La era del imperio, y Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, de José Luis Romero. Pocas notas, visión panorámica en lo espacial y en lo temporal, amplio uso de las conexiones entre las diversas esferas, hipótesis importantes y preguntas igualmente importantes. En suma, historia concentrada, y además, muy bien escrita.

Hay otros muchos tipos de síntesis. Está la de quienes convierten su tesis doctoral en un libro, y la reescriben olvidándose del jurado y pensando en un cierto público. Están las síntesis generadas dentro de un proceso de investigación colectivo; cuando un historiador interpreta el conjunto de lo producido y señala por dónde hay que seguir. El reciente libro de Hilda sobre las repúblicas latinoamericanas del siglo XIX es un excelente ejemplo.

Este tipo de síntesis, de alto nivel profesional, circula dentro del círculo profesional: estimula con nuevas preguntas a los investigadores y nos permite al resto saber qué están haciendo. Pero, además -como lo saben sus editores- es bien recibido por el público culto no especializado. Este público es la primera periferia lectora de los historiadores profesionales. Una periferia que, como las fronteras del Imperio romano,

está asediada por los bárbaros y debe ser defendida con libros adecuados.

Otro grupo importante en esa primera periferia son los docentes de historia que quieren mantenerse al tanto del desarrollo historiográfico. Grupo sufrido, con mucho trabajo y poco tiempo, necesitan libros que le permitan preparar una buena clase. Es la ocasión para que los buenos historiadores, además de facilitarles la tarea, hagan una limpieza de clichés interpretativos erróneos, pero sólidamente instalados en el sentido común, del estilo de "la Ley Sáenz Peña estableció el sufragio universal."

No estoy hablando de mundos diferentes sino de distintas funciones: el trabajo monográfico y la síntesis. ¿Quién es el que comunica? Ambos. Cada uno tiene que leer al otro. No hay acá "divulgación" sino circulación, comunicación.

Esto me permite hacer una referencia al editor, tanto al *manager* como al responsable de transformar un manuscrito en un libro. Éste último, poco conocido, realiza un trabajo que requiere conocimiento de la lengua, cultura general, una cierta obsesividad y también capacidad para lidiar con los autores.

El editor *manager* es quien imagina el producto, localiza el mercado, supervisa la edición, define el título y la tapa -atribuciones indiscutidas- y luego se ocupa de promoverlo y venderlo, que es toda otra historia. Como Arnaldo Orfila Reynal, que dejó su marca en Fondo de Cultura y en Siglo XXI, o Boris Spivakov, fundador de Eudeba y del Centro Editor de América Latina, los buenos editores piensan y actúan en términos de proyectos culturales.

Fuera de estos problemas domésticos de los historiadores profesionales hay un tema mucho más relevante: la relación entre la gente que conforma una comunidad social con su pasado histórico, que se continúa en su presente vivido y su futuro imaginado.

Son muchos los que escriben sobre el pasado, en prosa o en verso, incluyendo muchos historiadores, sin especificaciones. El historiador profesional del que venía hablando es una voz más. Y no está mal que sea así. Todo lo contrario, pues como se dice, la historia es algo demasiado importante para dejarla solo en manos de los historiadores profesionales.

Comienzo por el individuo. Contarse una historia de su vida forma parte de su construcción como persona. Cada

uno es historiador de sí mismo, que recuerda y olvida lo que quiere. Y no hay exigencia de veracidad que valga. Ya verá cada uno cuánto le ayuda su versión del pasado para convivir en sociedad.

La memoria colectiva, igualmente arbitraria, es el resultado de una amplia interacción. Se trata de un campo conflictivo, con muchas voces interpelantes, que dirimen una batalla por el "relato", con todas sus concomitancias culturales y políticas. La construcción de esa memoria común implica toda una gama de formas conflictivas: discusiones, triunfos, derrotas, acuerdos, imposiciones, censuras, asimilaciones, y también olvidos y "deberes de memoria".

Se trata de un campo regido por la libre competencia: se llega o

no se llega al lector o al oyente. En el sentido común -hablo de lo que la gente espontáneamente considera "natural"- se acumulan fragmentos de tradiciones, valores, formas de vida, sentimientos, opiniones, lo que se aprendió en la escuela, lo que le dicen las iglesias, el Estado o los líderes políticos. El relato histórico es uno de los ordenadores de este maremágnum. En nuestro país, en ese conflicto viene triunfando ampliamente la versión revisionista de la historia,

que junto con la tradición católica nacionalista y el populismo forman hoy esa base del sentido común histórico.

En este terreno, los historiadores profesionales tienen un handicap. Las explicaciones simples y dicotómicas usualmente se imponen a las complejas y comprensivas, propias de su oficio. Quien dice "esto es más complicado" se quedó sin interlocutor. Precisamente eso justifica que participen en el debate, para defender con el ejemplo los principios de pluralidad y de discusión civilizada.

Hay un grupo de historiadores profesionales dispuestos y preparados para este tipo de combates. Hoy se los llama, por influencia de Habermas, "historiadores públicos" y se espera de ellos que desde el pasado expliquen el presente y el futuro. Pero no es fácil equilibrar la vocación ciudadana con la pertenencia a una cofradía profesional con reglas y controles. Siempre está la tentación de simplificar el mensaje para hacerlo más eficaz. Pero sobre todo, hay una tensión, insoluble y a la vez inspiradora, entre la comprensión empática de cada actor -que es un deber del historiador- y el juicio de valor, que está en el origen de la intervención pública.

Los historiadores profesionales no son los únicos que

hablan en nombre de la historia. Tienen que competir, por ejemplo, con un Felipe Pigna o un Pacho O'Donnell. Cuando era más joven me divertía criticándolos. Hoy creo que ellos hacen muy bien lo suyo -que a veces se limita a copiar, con su nombre, lo que otro escribió-, tienen su audiencia y cumplen su función de acercar la historia al público, que es lo principal. Es así, y está bien pues -reitero- el pasado es algo demasiado importante para pretender que la única voz sea la de los historiadores formados.

Esta competencia entre dos modelos de historiador - profesionales y no profesionales- no significa que este terreno de la historia sea un universo dicotómico e incomunicado. Un caso notable es la revista *Todo es historia*, que fundó Félix Luna. A lo largo de casi setenta años, no solo ha ampliado el círculo de lectores sobre el pasado, sino que ha estimulado a que historiadores aficionados hagan su aporte. Hobsbawm y otros historiadores de la revista *Past and Present* alentaron mucho eso que llamaron *popular history*, consistente en ayudar a los historiadores aficionados con una instrucción profesional básica.

Entre los historiadores profesionales, hoy son cada vez más los tentados por combinar su práctica profesional con la

búsqueda de públicos más amplios. Son muchos los que se preocupan por la forma en que escriben, por encontrar nuevos espacios y ensayar nuevas formas.

¿Cómo ingresan a este territorio mucho más amplio de lectores? La puerta de entrada es el campo editorial, no solo como autor sino como gestor académico de emprendimientos como colecciones, obras especiales, fascículos o podcasts.

Hacerlo implica aprender las reglas del oficio -más cercanas al periodismo o la literatura que a la historia-, dominar el formato y volcar en él lo mejor de una buena formación, sabiendo que trabajará sin la red de contención de los controles académicos. El riesgo mayor es trivializar. De lo que se trata es de simplificar sin perder lo que es propio de su oficio: la complejidad y el matiz. No es fácil. La recompensa, más allá de las cuestiones materiales, es hacer una diferencia en lo que se dice del pasado que, quizá, cambie un poco los sentidos comunes dominantes y, sobre todo, ayude a recuperar el valor del matiz y la conversación.

Esto que expuse forma parte de un ensayo más amplio, que se publica pronto, que culmina con una mirada a dos historiadores excepcionales como comunicadores, cada uno a su modo: Félix Luna y José Luis Romero.

Voy a mencionar, en cambio, dos casos de historiadores menos renombrados, que están haciendo cosas muy interesantes: Eduardo Sacheri y Marcelo Larraquy. Ambos egresaron de muy buenas carreras de Historia en las universidades nacionales de Luján y Buenos Aires.

Sacheri es un novelista, hoy muy conocido, que nunca dejó de enseñar historia en un colegio secundario. Recientemente intercaló entre sus obras de ficción dos libros cortos sobre dos períodos de la historia argentina. Lo hace de manera clara, coloquial, e historiográficamente impecable, combinando la narración con una serie de discusiones, bastante complejas, que tienen que ver con el oficio de historiador.

Larraquy es un destacado periodista de investigación; un narrador excepcional, que trabaja con el rigor de un historiador profesional, como se nota en sus biografías sobre Galimberti y López Rega. En su último libro, sobre Aníbal Gordon, decidió dramatizar algunas situaciones y avanzar un poco más en lo conjetural; por pudor profesional declaró que se trataba de una obra de ficción. Yo no dudaría, si se diera el caso, en incluirlo en una nota al pie.

En suma. Creo que la comunicación de la historia no

es una alternativa: la historia investigada, al igual que la contada o la recordada, solo existe cuando se la comunica.

El producto que se comunica -la tradicional escritura y todas las formas novedosas que van surgiendo- tiene similitudes con otros productos, como la novela histórica. Pero tiene una especificidad irreductible e irrenunciable: el propósito de acercarse a la verdad.

En esta comunicación el editor cumple un papel imprescindible: transformar un manuscrito en un libro y venderlo. Sin editores no hay historia realmente existente. Editar buena historia requiere historiadores profesionales, que aprendan este segundo oficio.

Los historiadores profesionales pueden participar en el proceso social de conformación de la memoria. Con rigor. Sin ilusiones, pero con convicción, buscando el modo de ir más allá del campo académico y llegar a sus destinatarios, por ejemplo, a los docentes, que me parece el combate más urgente.

En el proceso de comunicación de la historia todos son, en algún momento, comunicadores y comunicados. No hay dos mundos -el docto y el vulgar- sino un espacio común, con zonas específicas pero intercomunicadas y muchos espacios de contacto y coincidencia. En cada uno de estos aspectos hay gradaciones infinitas. Todo aporta algo, y la palabra "comunicación" lo incluye todo. Volviendo al comienzo: tomémosla como punto de partida para cualquier discusión sobre el tema.